

Perspectivas de la Psicología moral

La *psicología moral* es desde hace años un campo fecundo de investigación, y en esta obra¹ tenemos una muestra de gran parte de lo que al respecto se está haciendo en España. En 1991, E. Pérez-Delgado coordinó, con R. García-Ros, *La psicología del desarrollo moral*, y en ella constataba que la psicología española apenas acababa de incorporar a sus preocupaciones académicas una orientación que en otros contextos llevaba años en crecimiento ininterrumpido: «la aportación de los psicólogos españoles al estudio de lo moral apenas si acaba de iniciarse..., particularmente en lo que se refiere a la producción original» (XIX). Ya no cabría decir otro tanto en estos momentos. Este voluminoso libro, en el que colaboran 19 profesores o catedráticos de Universidad, con una participación destacada del grupo de Valencia, es tanto una presentación del tema hasta donde hoy ha llegado su investigación, como una muestra de lo que la psicología española está produciendo en los ámbitos de la psicología moral. Los coordinadores y muchos de los colaboradores son conocidos por sus publicaciones anteriores, por lo que el lector tiene en sus manos una información actualizada y de garantía sobre el estado de la cuestión.

1 Pérez-Delgado, Esteban y Mestre Escrivá, M^a Vicenta (Coords.), *Psicología moral y crecimiento personal. Su situación en el cambio de siglo*, Barcelona, Editorial Ariel, 1999, 382 págs. ISBN: 84-344-0883-X, 24 x 18 cm.

Voy a intentar resumir las líneas mayores de su contenido agrupando las distintas colaboraciones en tres grandes apartados, según se sugiere en la introducción: la situación de la teoría del desarrollo moral (capítulos 1 al 8, páginas 15-154), las técnicas de evaluación y los modelos de intervención (capítulos 9 al 12, páginas 155-225) y, finalmente, los problemas del desarrollo moral y las relaciones entre moral y religión (capítulos 13 al 19, páginas 227-367).

1. En el principio de la psicología del desarrollo moral está Kohlberg. Inspirándose en el constructivismo cognitivo de Piaget, Kohlberg elabora una teoría estructural del desarrollo moral que, en cierto sentido, es la traducción al ámbito moral de los supuestos de Piaget en relación con el desarrollo del conocimiento. Aquel evoluciona por la emergencia de estructuras ascendentes (niveles preconvencional, convencional, postconvencional), irreversibles y comunes a todos los sujetos y culturas. Kohlberg dio carta de naturaleza, en psicología, al estudio científico del desarrollo moral, y este es uno de sus méritos indiscutibles. Su éxito ha sido enorme, no sólo por la resonancia universal que obtuvo, sino además porque se adueñó literalmente del campo. ¿Cómo están hoy las cosas, a una distancia de casi cincuenta años de su primera propuesta?

La opinión de los autores de esta primera sección no es coincidente, pero todos parecen estar de acuerdo en que no es posible (¿todavía?) prescindir del paradigma kohlbergiano. De hecho, es con diferencia el autor más citado en la literatura especializada y, si la fecundidad de una teoría se aprecia también por las discusiones que provoca, habrá que convenir en que la de Kohlberg posee esta característica en grado eminente.

Parece existir también consenso en la necesidad de integrar aspectos o dimensiones del desarrollo moral que fueron preteridos o encontraron difícil acomodo en la posición inicial de Kohlberg (como él mismo intentó en su última revisión antes de su muerte), de manera especial los factores afectivos y otros elementos contextuales. El que la presentación de su teoría coincidiera cronológicamente con el eclipse del conductismo y la invasión cognitiva en psicología contribuyó, al

menos eso creo yo, a que gozara durante años de una condición hegemónica poco discutida. Nada sorprendente que hoy se intente pasar algunas facturas pendientes: lo reprimido acaba siempre retornando, directamente o de manera camuflada. Una buena parte de estos primeros capítulos, con algunas reiteraciones inevitables en esta clase de obras, está dedicada a exponer las críticas internas y externas que se han venido formulando a Kohlberg, las dimensiones que una «buena» teoría del desarrollo moral debería incluir, y las líneas por donde cabría esperar que discurriera.

¿En qué modo pueden afectar o están afectando estas revisiones a la teoría general de Kohlberg? En este punto las opiniones son mucho más matizadas. Los coordinadores no creen que haya llegado el momento de invalidar la teoría general, sino que la aplicación de rectificaciones y ampliaciones al modelo puede tener lugar manteniendo el enfoque básico inalterado. Los estudios agrupados en la sección tercera así parecen demostrarlo. No obstante, en algunas de las colaboraciones de esta primera parte, me ha parecido observar al respecto una convicción menos firme. Me ha sorprendido, además, la recurrencia de algunos problemas clásicos de la psicología, como la confrontación todavía frecuente con las viejas teorías del aprendizaje. La etología y el psicoanálisis se mencionan y discuten con frecuencia, como no podía ser de otro modo al tratar de las dimensiones sociales y afectivas. En mi opinión, ambas perspectivas están aquí exploradas de manera insuficiente, y en ello sospecho que tiene algo que ver el que la literatura especializada de base proceda de una sola área lingüística: en relación con las dos y, sobre todo, con el psicoanálisis, no cabe ignorar su evolución en el contexto europeo continental. Pero, volviendo a la pregunta que abría este párrafo, no me considero capacitado para comprometerme *in medias res* con una opinión personal. Mantengo algunas serias reservas frente al cognitivismo y esto desde los tiempos ya lejanos en que estudié a Piaget (que me parece un genio pero, a la vez, un racionalista impenitente y el racionalismo, al fin, es algo así como una perversión afectiva de la mente), pero no he seguido con la misma atención la psicología moral.

Con todo, leyendo detenidamente esta primera parte, la insistencia en los aspectos epistemológicos y las abundantes discusiones meto-

dológicas me han recordado el destino de alguna manera trágico de toda la psicología. Cuando se hace necesario ocuparse tanto de justificar y depurar los criterios, supuestos, constructos, dimensiones y demás, estamos ante posiciones que reflejan una inestabilidad epistemológica innegable. Este parece ser el destino inevitable de la psicología, dado su punto histórico de partida y su propio objeto. Tal vez sea el que le está reservado a la psicología moral, también por su punto de partida con Kohlberg (y, antes, Piaget y, en la trastienda, Kant), pero, sobre todo, porque difícilmente cabe esperar que algún día la psicología pueda definir por sí misma qué sea lo moral.

2. Los contenidos de los capítulos que forman el segundo bloque son más concretos. Se refieren a los instrumentos de medida y a formas de intervención activa en orden a promover el desarrollo moral y los comportamientos con él relacionados. En los capítulos 9 y 10, Mestre Escrivá y Pérez-Delgado, con un grupo de colaboradores, nos ofrecen una descripción detallada de los instrumentos hasta ahora desarrollados para apreciar el juicio moral, el razonamiento prosocial y la dimensión afectiva, en especial la empatía. En algunos casos, como en el DIT o el PROM, los mismos autores han realizado su adaptación y validación a la población española. Ningún instrumento es neutral, y en las últimas colaboraciones se nos indicarán algunas de las dificultades que estos presentan.

Los dos capítulos siguientes ofrecen perspectivas interesantes sobre las posibilidades educativas en el orden del desarrollo personal y moral (capítulo 11), y de la conducta prosocial y altruista (capítulo 12). Más concreto y analítico el primero, más comprensivo y general el segundo. También en este caso han sido precedidos de numerosas investigaciones de los autores. Los resultados son estimulantes pero obligan, no obstante, a cierta modestia y a esperar nuevas aportaciones. La lectura de las conclusiones del capítulo 12 puede incitar al desaliento: son tantas las variables a tener en cuenta en un «buen» proceso educativo, que al fin cabe preguntar si será posible salir algún día, en el terreno de la educación, de la situación experimental. O si no habrá que renunciar a las pretensiones de darle una contextura científica y volver a la «paideia» de los griegos.

3. A partir del capítulo 13, nos encontramos con una serie de colaboraciones que se ocupan del desarrollo moral en momentos del ciclo de la vida. Los dos últimos estudios están dedicados a las relaciones entre desarrollo moral y religión, y los mencionaré después de forma independiente. Infancia, adolescencia, juventud, tercera edad: cada uno de estos sectores figura con algún estudio, bien que centrado y limitado a un aspecto concreto de la relación moral.

La investigación sobre la idea de autoridad en los niños, por ejemplo, obliga a relativizar bastante la posición de Piaget y se muestra más próxima al modelo de dominios de Turiel.

Una de las rectificaciones propuestas a la teoría general de Kohlberg ha sido formulada por N. Eisenberg en relación con el razonamiento moral prosocial. El capítulo 14 ofrece un resumen de tal propuesta y en el 15 se incluyen la descripción y los resultados de un estudio empírico que intenta comparar ambos puntos de vista.

El capítulo siguiente presenta un aspecto de máxima actualidad. Según Carol Gilligan, Kohlberg no tomó en consideración una distinción necesaria del razonamiento moral: las diferencias en función del género. Estas no son accidentales, sino que responden a dos formas de razonamiento moral: la moral del cuidado, la atención, lo concreto (mujeres), frente a la moral de la justicia, la igualdad, la razón y lo abstracto (varones). En el capítulo 5 (pp. 85-101) figura un amplio resumen de estas objeciones. A esto se añade la cuestión de las diferencias entre varones y mujeres con respecto a su capacidad de razonamiento postconvencional. Ambos aspectos se investigan en este estudio. Los autores no ven confirmada la perspectiva de Gilligan, pero sí comprueban que las mujeres utilizan en mayor proporción el pensamiento moral «de principios» (postconvencional). Me quedan algunas dudas tras la lectura de este capítulo, en relación con el primero de los aspectos: la emergencia del paradigma feminista está modificando tan profundamente nuestra comprensión, también psicológica, de lo humano, que me parece que los autores cierran con algo de precipitación las preguntas planteadas.

Esta sección concluye con un estudio sobre el nivel de desarrollo del juicio moral en la tercera edad, poco atendido hasta ahora, sobre el que ofrece una interesante aproximación.

4. Los dos últimos capítulos, firmados por los coordinadores como primeros autores, están consagrados al estudio de las relaciones entre razonamiento moral y religión. Sobre estos temas los autores, y en especial Esteban Pérez-Delgado, han publicado ya numerosos trabajos y en otra ocasión he presentado alguno (cf. *Ciencia Tomista* 124, 1997, pp. 201-203). Los autores aportan en este caso alguna novedad en relación con la forma habitual de pensar y con sus propios estudios anteriores. Por ello, y también porque se relacionan de manera más directa con mis intereses actuales, me voy a detener algo más en ellos.

Que entre religión y ética existan relaciones y que las concepciones religiosas condicionen o determinen las decisiones morales de la gente, no es algo que haya descubierto la psicología. La religión ha sido matriz de la moral y, aunque esta se haya emancipado de su tutela, al menos en la conciencia occidental, para la persona religiosa el comportamiento moral sigue siendo a la vez condición y consecuencia de la verdad de su fe. Sobre todo esto la psicología no tiene mucho que decir.

Los problemas estudiados aquí han surgido de un contexto mucho más inmediato, que los autores presentan en el capítulo 18. En síntesis, se trata de la presencia de la religión en la psicología contemporánea; más en concreto, de cuál es la relación existente entre religiosidad y comportamientos morales. Los autores ofrecen un rápido resumen de las perspectivas anteriores a la psicología cognitiva. En la teoría del desarrollo moral de Kohlberg, los resultados comienzan a plantear una serie de interrogantes en relación con el valor de la religión como elemento de crecimiento del juicio moral, a los que se suman datos ya conocidos por otras investigaciones sobre algunos tipos de religiosidad conservadora. Los sujetos religiosos tienden a hacer menos uso del pensamiento moral postconvencional o, lo que es lo mismo, se muestran menos autónomos en el modo de justificar su posición moral. Los autores dan cuenta, al final de este capítulo, de los resultados de sus propias investigaciones anteriores, que van en la misma dirección.

Ahora bien, estos resultados chocan con lo que *a priori* cabría esperar y son contradictorios con otros datos que conocemos por la sociología de la religión y por otras perspectivas psicológicas. ¿Cabe expli-

car de algún modo esta situación? El último capítulo intenta someter a revisión el problema. Y lo hace de modo innovador y estimulante. El lector interesado en estos temas encontrará en la conclusión (361-365) una discusión general de los resultados. Sigue siendo verdad que, medido el desarrollo moral mediante el DIT, correlaciona negativamente con la variable religiosidad. Ahora bien, el índice global del nivel moral de los sujetos, o madurez moral, mantiene una posición inversa: son los grupos religiosos los que tienden a puntuar más alto. ¿Cómo interpretar esta contradicción? Un análisis interno de cada grupo, en los cuatro estudios empíricos aquí reseñados, permite suponer la existencia de un sesgo no tematizado en el cuestionario, que en nuestro contexto lo invalidaría, al menos parcialmente, como medida del nivel postconvencional en sujetos de formación religiosa elevada. Los autores son conscientes de que se precisa más investigación sobre este punto importante, pero lo que nos brindan en este capítulo resulta ya del mayor interés, y esperamos que continúen ofreciéndonos nuevas aportaciones. Tal vez convendría tener más en cuenta la distinción mencionada por los autores que, desde perspectivas distintas, se ha convertido en común en psicología de la religión: la existencia de una religiosidad instrumental y funcional, primera e inicialmente dominante en la persona, frente a una religiosidad de orientación más intrínseca, a la que aquella puede dar paso a lo largo de la vida, pero a lo que sabemos no de manera necesaria.

Sospecho que revisiones como la que acabo de resumir pueden llevar a relativizar e incluso a cuestionar algunos de los supuestos de la teoría misma, y no sólo sus instrumentos de medida o de investigación. La distinción entre estructura, función y contenido es de una lógica inatacable, pero no veo tan claro que psicológicamente no se interfirieran e imbriquen más de lo que suponen las perspectivas estructuralistas. Los primeros colaboradores que se distanciaron de Piaget lo hicieron al comprobar que la *naturaleza y el contenido de las tareas* modificaba los resultados obtenidos en momentos sucesivos con los mismos sujetos, al apreciar su nivel de desarrollo mental. Y son de sobra conocidas las dificultades a la hora de poner en relación un determinado nivel de desarrollo, sea mental o moral, evaluado mediante

instrumentos psicológicos, con un grado equivalente de desarrollo práctico en la persona. No me parece que la psicología pueda despachar este asunto refugiándose en una cómoda distinción entre estructura y contenido. En primer lugar, porque semejante operación no es nada sencilla en la práctica. De hecho la formulación de los niveles de desarrollo del juicio moral, en Kohlberg, resulta impensable fuera de un *contexto moderno e ilustrado* de la autonomía personal, esto es, con independencia de sus contenidos. Además, porque esto a la larga equivaldría a *reducir la psicología a epistemología* y a renunciar a la característica que la diferencia de otras ciencias humanas, cual es la de articular el *momento interaccional* entre cultura y experiencia personal; y ello no en sus precedentes, ni en sus consecuencias, sino en su significación actual para el sujeto. Esta es una de las razones por las que creo que la protesta airada de Skinner contra el cognitivismo, resumida en un artículo publicado poco antes de su muerte, daba en uno de sus flancos débiles: el riesgo de afinar en un tipo de análisis muy depurados, pero psicológicamente irrelevantes. Es este un terreno de discusión interminable, y mi amigo Esteban Pérez-Delgado se mostrará en desacuerdo conmigo en más de un extremo. Se trata, además, de un problema general que desborda los límites de la psicología moral y por ello no me detengo más en él.

Espero que el resumen anterior pueda convencer a los interesados por las cuestiones morales de la necesidad de prestar atención a estas perspectivas (los psicólogos tienen sus propios fuentes de información). Nuestra comprensión del hombre está hoy muy relacionada con el devenir de las ciencias humanas, que han hecho estallar una buena parte del marco antropológico y cosmológico en que se pensó a sí mismo durante siglos, y ya no le será posible mantenerse al margen de ellas.

BERNARDO FUEYO
Instituto Superior de Filosofía
Valladolid